

*Domingo 9 de junio de 2024: 10º domingo del año B*

*Génesis 3:9-15; 2 Corintios 4:13-5:1; Marcos 3:20-35*

### **Homilía**

Esta escena, relatada por el evangelista Marcos, tiene lugar al comienzo del ministerio público de Jesús. Tras su bautismo por Juan y la selección de sus primeros discípulos, seguido de un ayuno de cuarenta días en el desierto, regresó a Galilea y comenzó su ministerio primero en Cafarnaúm y luego en las aldeas de Galilea. Ya había curado a varias personas, empezando por la suegra de Simón Pedro. Esta actividad repentina y abrumadora provocó fuertes reacciones de las autoridades del pueblo, los escribas, y también preocupó a su familia.

Algunas de las primeras curaciones de Jesús son sorprendentes. Curó a un endemoniado dando al demonio una orden con autoridad. Curó a un leproso, luego a un paralítico, después a un hombre con una mano seca y a muchos otros. Estas curaciones eran tan evidentes, y realizadas ante grandes multitudes, que los escribas no podían negarlas. Así que intentaron explicarlas diciendo que Jesús poseía un poder demoníaco y que era por el poder que recibía del demonio por lo que expulsaba a los demonios.

La respuesta de Jesús tiene tres partes distintas, que deben analizarse por separado. La segunda es simplemente una respuesta ad hominem, que muestra la naturaleza insípida de su acusación. Si Satanás está dividido contra sí mismo, no durará mucho. Así que, sea cual sea su interpretación, el reino de Satanás ha terminado. En realidad, puede decirse que sólo hay una verdad sobre Satanás revelada en el Evangelio, y es que ha sido derrotado por Cristo.

La tercera parte de la respuesta de Jesús a los escribas es verdaderamente terrible. Su acusación de que es por el espíritu del mal y no por el Espíritu de Dios por lo que Jesús hace estas cosas maravillosas para liberar a los seres humanos de las garras del mal es un pecado contra el Espíritu. Todos los pecados y blasfemias de los hijos de los hombres les serán perdonados, dice, excepto este pecado contra el Espíritu. Es imperdonable.

Pero volvamos a la primera parte de la respuesta de Jesús. Al afirmar que si Satanás está dividido contra sí mismo, su reino no podrá mantenerse en pie, Jesús hace una comparación con la familia, diciendo: *«Si una familia está dividida, esa familia no podrá mantenerse en pie»*. Esta afirmación es tanto más notable cuanto que todo este altercado con los escribas está enmarcado por dos

referencias a la propia familia de Jesús. Al principio del relato, se nos dice que la familia de Jesús, al enterarse de que estaba allí, presionado por la multitud hasta el punto de que no podía ni comer, acudió a prenderle, porque pensaban que había perdido el juicio. Luego, al final del relato, se le dice a Jesús que su madre, la propia María, y sus hermanos, es decir, los miembros de su familia inmediata, están allí y quieren verlo, sin duda para alejarlo de la multitud. Y conocemos la respuesta de Jesús: *“¿Quién es mi madre? ¿Quiénes son mis hermanos?”* Y, mirando a los que estaban sentados en círculo a su alrededor, los doce que acababa de elegir antes de este acontecimiento, dijo: *“Aquí están mi madre y mis hermanos. El que hace la voluntad de Dios, ése es mi hermano, mi hermana, mi madre”*.

La familia es un lugar de paso. A través de la familia entramos en el mundo, pero un día debemos abandonarla para ocupar nuestro propio lugar en la sociedad. Del mismo modo, la pertenencia a un pueblo o a una nación debe ser una introducción a la gran familia humana, en lugar de conducir a un nacionalismo estrecho y ciego, como fue el caso de Israel hasta la venida de Jesús. Los momentos de ruptura son necesarios para el crecimiento, igual que la salida del vientre materno es necesaria para el nacimiento.

Con Jesús, la familia adquiere un significado completamente nuevo. Ya no es, para cada uno de los miembros que pertenecen a ella, el corazón del mundo, al que todo debe estar relacionado y unido. Está fragmentada. Es el lugar del que salimos para entrar en el mundo, un lugar de paso e iniciación en el universo. Esta salida, o paso, es la espada que parte en dos el corazón de María, como predijo el anciano Simeón el día de la Presentación en el Templo. Su corazón se dividirá entre el Hijo que pierde cuando se le escapa, en el Templo, a los doce años, cuando la abandona hacia los treinta, cuando sin duda ya es viuda, y el Hijo que finalmente perderá cuando sea crucificado. Este corazón dividido se vuelve a soldar inmediatamente en el amor universal que ella comparte con su hijo.

Porque la nueva familia de Jesús es el conjunto de las Naciones a las que serán enviados los Doce que acaba de elegir, y a los que más tarde dirá: «Id y haced discípulos a todas las naciones», es decir, «Haced una gran familia de todas las naciones».

Durante esta Eucaristía, demos gracias a Jesús, en primer lugar por haber vencido al demonio, pero también y sobre todo por habernos hecho miembros de su gran familia.

Armand Veilleux